del Estado no es para el presupuesto de enseñanza, para otros presupuestos es; y el dinero de los particulares no va á lós colegios, no á las colonias, donde se hacen física, intelectual y moralmente hombres y mujeres: va á los conventos, á las sacristías, á las Instituciones donde se hacen máquinas, instrumentos humanos, criaturas sin libertad de conciencia y de juicio, que sólo á la ruina y al hundimiento pueden conducir á los pueblos que tienen la mala ventura de albergarlos.

El humilladero

Con lismosnas hechas por Don Alonso Fernánández Bustamante, capitán de nuestros entonces vapuleados tercios, construyóse el humilladero á fines del siglo XVII.

Es una cruz de piedra, á la que se asciende por espaciosa gradería. Al pie de la cruz están grabados el nombre y los títulos del fundador. Sin duda el capitán quería inmortalizarse de algún modo, y no lográndolo con sus hazañas, lo intentó con sus devociones.

El lugar es poético. Encinas centenarias forman bosque sobre él, dando al suelo sombras y á los pájaros habitación. A espaldas de la cruz se alza la montaña salpicada de maizales; por junto á ella pasa el camino que hacia Los Rosales conduce; á su frente se descubre la ría. Sirve a la ría de enlace con la tierra un embarcadero donde recalan vapores y lanchas, en su mayoría vizcaínas, que se dedican á pescar *bonito* y á surtir de él dos fábricas de conservas establecidas en las inmediaciones.

El chorro de una fuente canta con su cristalino golpear las hermosuras del paisaje.

Durante el día es todo bullicio y trajin el humilladero. Los chiquillos toman por asalto la cruz y la convierten en centro de sus revoltosos jugares; alguna que otra pareja enamorada se sienta en la gradería, proclamando la vida y el placer donde el capitán quiso perpetuar el dolor y la muerte; los marineros descargan sobre el muelle su pesca chorreante de sangre; las trabajadoras de las fábricas, descalzas de pie y pierna, churretosas y mal olientes, transportan la mercancía desde el muelle hasta los edificios; una y otra lancha traen al embarcadero animados grupos de bañistas que se pierden por vericuetos y por sendas. Las mozas de la vecindad charlan junto á la fuente, guardando turno para llenar sus *herradas*, y los marineros vascos hacen, dialogando á voz en cuello, gala de su habla incomprensible.

No son estas mis horas. Yo escojo para visitar el humilladero aquellas primeras de la noche en que todo es calma y recogimiento en el poético encinar. Allí, recostado contra una de las robustas centenarias, dejo que los mirares y pensamientos míos vaguen por las honduras del espacio. El rumor de las olas besando la playa, y los murmullos de la fuente, acompañan mi soledad. Alguna moza, «que hizo tarde», pasa cerca de mí con la *herrada* sobre la cabeza y se desvanece

entre las encinas. La fabrica cerró ya sus puertas; los pescadores duermen en sus barcas aguardando la madrugada para darse á la mar, y la cruz se desdibuja como una encina más á la claridad dudosa de los astros que puntean el cielo.

Noche de luna es hoy. Al igual de las otras, encamino mis pasos hacia el humilladero. El reloj de San Vicente trae á mi oído ocho campanadas; los rayos lunares convierten el encinar en bosque de leyenda fantástica y la ría en argentado espejo. Un aire manso y triste mueve las hojas de los árboles. Hecho con suspiros parece.

«La luna es pálida porque un ingrato la besó»—dice Julieta á su Romeo en la escena divina de sus infelices amores.—Tiene razón la enamorada que hizo de su amador un dios, aquella por quien él lo dió todo, porque ella supo darlo todo también. Razón tuvo la niña rubia. Nada tan horrible como la ingratitud. La luna lleva las palideces de la ingratitud por fuera, en la cara. Los hombres llevamos esas palideces por dentro. Si no ocurriera así, ¿qué rostro humano no parecería de marmol?

Noche de luna es; noche pálida, noche en que, dirigiendo los ojos al astro que un ingrato besara, pueden evocarse otros besos, á cuyo solo recuerdo se pone alma lívida. Noche de luna es; y yo entro por el encinar revolviendo ideas, forjando esperanzas; soñando

porvenires de felicidad y de gloria, que realidades próximas se encargarán probablemente de marchitar y destruir.

Noche de luna es; pero no hallo en el humilladero la silenciosa calma de todas las noches. Dos hombres charlan junto á la cruz de piedra. Son Lorenzo Echevarría, excelente persona, dueño de una fábrica, y el encargado de la misma. En la fábrica hay luz; las trabajadoras van y vienen por su interior. Unas fríen en calderos enormes el *bonito* recién cortado; otras cogen la fritura de junto á las calderas y la apilan sobre los mostradores; otras reunen los despojos en ensangrentados canastos; cuales trajinan en la orilla del mar. La fábrica no acabó sus tareas al ponerse el sol; abierta se halla, y durante la noche las obreras, que se despiertan, como los pájaros, con la aurora, siguen trabajando en la fábrica, mientras los pájaros duermen en sus nidos.

Allá van y vienen las criaturas del jornal, descalzas de pie y pierna, churretosas y mal olientes. La sangre del *bonito* barniza sus pieles; el sudor corre por sus rostros; los pingos que las cubren flotan al aire, como estandartes de miseria. Necesitan ganar su vida, y por ganarla, ellas, jóvenes casi todas, casi todas afaccionadas bellamente, hábiles para producir en los hombres seducciones y amor, se convierten en algo que repugna. ¡Pobres carnes de hembra, expuestas al

aire, triste es vuestro destino! Para el deseo y el amor del hombre os creó la Naturaleza; el trabajo servil os arrebata ese don sublime y os convierte en ensangrentados desperdicios, que hacen volver los ojos y producen náuseas al estómago.

Tampoco duermen los marineros. En la tierra vasca, en el pueblo donde nacieron, es noche de fiesta la de hoy, y la conmemoran sobre la cubierta de sus lanchas, formando círculo, con la apetitosa olla á los pies y el pellejo de Valdepeñas á la mano.

«¡Eh, señor *Disenta!*—me gritan los marineros, todos amigos míos ya.—Te quieres *senar* con nosotros. *Pásate*, hombre.»

Y paso con ellos, con aquellos luchadores humildes, con aquellos obreros del mar prontos á jugarse la vida peleando de cara con las olas.

Son gente sencilla, ignorante; pero son buenos y leales. No es fácil encontrar en el mundo, sobre todo en mi mundo, amigos de esta condición. Aquí, entre ellos, puedo ser franco y leal también. Ellos no tratan de engañarme; no ven en mí al hombre que puede servirles para esto ó para lo otro; ¿para qué voy á servirles yo?... No me fingirán afectos no sentidos, no me exigirán á cambio de ellos una humillación ó una esclavitud ó una infamia. Ven en mí un compañero, un amigo más, y me invitan á celebrar su fiesta con patriarcales extremos.

Los marineros entonan el zortzico. Las notas graves, casi religiosas, del canto éuskaro, suben al espacio con melancólica harmonía; el viento las recoge, las extiende, las prolonga, las lleva arrastrándose sobre las aguas, retozando entre las espumas, mar adentro, siempre mar adentro. ¿Dónde morirán esas notas? Acaso allá, donde la mujer querida ó el hijo adorado aguardan el regreso del marinero, del luchador que va solo, sin ellos, peleando con las olas y con el pensamiento puesto en ellos.

Sigo su canto acompañándolo con la imaginación. No comprendo la letra; ignoro qué significan las palabras engarzadas á las graves notas del zortzico. ¿Qué importa? Mejor. Todos los cantos debían ser así, sin letra comprensible para el oidor. De este modo cada oidor pondría á las notas las palabras más conformes con la situación de su espíritu.

Las obreras han terminado su tarea. En bandadas se dirigen al embarcadero, y descienden sus escalones y chapotean en las aguas para lavar sus carnes llenas de sangre y de churretones de aceite. Ya están limpias; ya son mujeres; ya, cambiada por la usual su ropa de labor, atraen los mirares de los hombres; ya éstos las galantean desde la borda de sus lanchas, mientras ellas ríen y aceptan entre risas el vaso de vino ó el pedazo de carne que los marineros las ofrecen. Ya se despiden; ya se alejan iluminadas por los reflejos de la

luna; ya van las mujeres hacia el pueblo entonando una montañesa

Tambien yo abandono la barca y despidiéndome de los marineros me interno en el solitario encinar. El astro pálido se deshace en rayos de plata sobre mi cabeza; yo lo miro recordando la frase de Julieta: «La luna está pálida porque un ingrato la besó.»

Pálida está la luna, silencioso y triste el encinar; las olas rompen dulcemente sobre la playa; el zortzico, grave y solemne, sigue sonando en las embarcaciones, mientras el canto de las boniteras se escucha lejos, más lejos cada vez, como un eco de amor que se desvanece poco á poco.....